

# 'Sin querer queriendo'. Confesiones de una mente cinéfila

MARCELA ARANGO BERNAL<sup>1</sup>

Oscuridad profunda, sonido envolvente, celular ausente. Todo un ritual que ensombrece el mundo cotidiano para internar al espectador en un universo maravilloso. Ya no importa mucho si el ritual se desarrolla en una sala de cine o en la comodidad del hogar, aunque en muchos sobrevive el encanto del desplazamiento a un escenario especial, el toquecito de las crispetas en bolsa de papel y la gaseosa gigante. Pero en cualquier caso, se busca desconexión total de la rutina para abrir la mente a otros mundos y otras realidades.

Cuando el espectador se enfrenta a la pantalla, lo hace dispuesto a dejarse sorprender, a entregarle su tiempo y su atención, a vivir el mundo que el filme le propone, con sus propias reglas, altibajos y decepciones; y esa entrega del público es un acto de confianza, una recompensa que se gana el cine por permitirle a los mortales asomarse a una ventana fantástica, a un espacio en el que todo es posible. Pero esa confianza y los privilegios que vienen con ella, no están asignados a perpetuidad, es un tesoro que el séptimo arte guarda celosamente a través de relatos que toquen la sensibilidad de los espectadores, de

mundos narrativos verosímiles, de nuevas miradas a temas antiguos, de un arduo trabajo del ámbito cinematográfico.

Grandes afiches, alfombras rojas, falsos romances, flashes y souvenirs hacen parte de la tramoya que monta el cine para despertar la inquietud de sus espectadores y recordarles que las pantallas están prestas para llevarlos de la risa al llanto. Los seguidores de este arte-espectáculo responden a estos estímulos, siguen con morbo los detalles más insignificantes de la vida de los actores, compran las camisetas y los accesorios que les recuerdan sus filmes favoritos, califican y critican la oferta que encuentran en las carteleras, consiguen las bandas sonoras y con ellas musicalizan su existencia, acompañan con cine sus cumpleaños, sus domingos, sus vidas.

Por supuesto, todo este movimiento genera grandes caudales de dinero, fama y poder. Pero además de lo obvio, de los intereses económicos que se tejen en torno a esta expresión artística, la influencia del cine en las audiencias y en la realidad misma, va mucho más allá. El cine tiene como armas para afectar el mundo toda la profundidad y la sensibilidad de las artes, sumadas a la masificación y a la enajenación del espectáculo contemporáneo, sazónadas además con el toque final de convertir a sus obreros (léase actores, guionistas, directores) en figuras de reconocimiento público. Este

<sup>1</sup> Comunicadora Social y Periodista. Miembro del equipo organizador de TEDxsiloé. Gestora de proyectos. marcela.arango.b@gmail.com

especial cocktail de elementos sólo es comparable con la música, en cuanto a artes se refiere, pues la danza, el teatro, la fotografía, la escultura, la pintura y la literatura están lejos de desempeñar un rol tan visible y masivo en la sociedad. Esto, por supuesto, no le resta importancia ni a las artes en sí, ni a su papel en el mundo, en la historia, en la transformación y la memoria social, pero sí le da al séptimo arte, este que de alguna manera los reúne a todos, un potencial increíble en la era audiovisual y tecnológica.

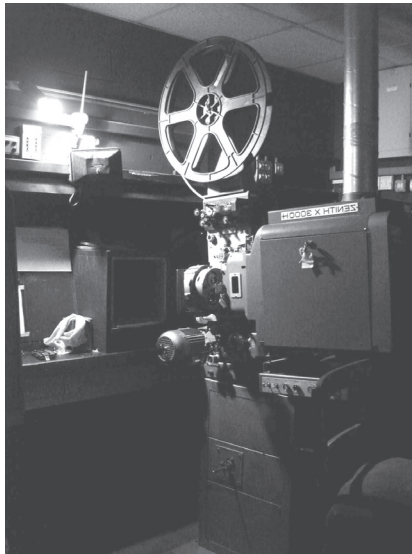
Como dice Edgar Morin, “el cine nos da a ver el proceso de penetración del hombre en el mundo y el proceso inseparable de penetración del mundo en el hombre” y si se amplía el panorama, se puede apreciar la transformación de la realidad a partir del cine y, como es obvio, la modificación del cine gracias a las nuevas realidades. Filosofía, Historia con mayúscula, historia personal (con minúscula), periodismo, política y cualquier otro campo donde la mirada del hombre tenga una influencia importante (esto por no decir absolutamente todo en el mundo simbólico que habitan los humanos), se ha visto tocado por el cine. La posibilidad de ver el rostro de los sucesos, de escuchar a través de la voz de un niño los dramas de una guerra, de sentir tan cercanos y tan universales asuntos que podrían resultar distantes, de descubrir que en latitudes diversas y culturas encontradas

terminan existiendo incontables puntos de reunión, ese potencial, esa magia, hace del cine un lenguaje que se mete en las entrañas de la humanidad para establecer puentes, abrir ventanas, propiciar diálogos.

A veces resulta imperceptible ese grandísimo poder del cine para influir en la realidad, ejemplo de ello es la discusión que se planteaba alguna vez en un programa de radio vespertino. El tema del día que buscaba motivar respuestas

de los receptores era: ¿cuál fue la película que cambió su vida?. Entre diversas opiniones y llamadas, se ponía en tela de juicio la idea de que un filme le de un nuevo rumbo a la existencia. Algunos oyentes mencionaban títulos de culto, sagas, entre otras, y los locutores seguían analizando cómo es posible que al concluir el relato y comenzar a salir los créditos, la realidad personal quedara tan alterada que se pudiera recordar esa película como

fundamental y transformadora. La polémica de los locutores tiene su razón de ser porque, si bien es cierto que en algunas oportunidades una sola pieza cinematográfica puede partir la existencia en dos, lo que suele ocurrir es que el cambio es sutil y paulatino. De a pocos y a través de diversas historias el cine va revelando asuntos fundamentales, va tocando el espíritu, va despertando la sensibilidad y la inquietud frente distintos temas. El séptimo arte moldea la Historia y la memoria como el agua en la



roca, constante, sutil y seductora. Por eso es importante que se narren sucesos desde múltiples miradas, en distintas épocas, a través de varios géneros, que una nación tenga la posibilidad de verse en el espejo del cine muchas veces, con narraciones intimistas, películas épicas, dramas, comedias y un larguísimo etcétera.

Las pantallas de cine son al mismo tiempo espejos y ventanas. Le abren al público espacios para asomarse a sucesos distantes y acercarse a ellos, vivirlos junto con sus protagonistas e identificarse. Son ventanas a mundos reales y fantásticos, a distintas formas de habitar el universo y relacionarse con otros mortales. Y, por arte de la magia cinematográfica, aquello que se cruza por esas ventanas toma relevancia, aparece, queda grabado en el celuloide y en algún rincón de la memoria de los espectadores. Por ese efecto especial de darle relevancia a los temas y los personajes que transitan por el mundo filmico, es importante que las pantallas también sean espejos, lugares en los que los pueblos puedan inmortalizar sus inquietudes, sus realidades, sus tránsitos. Espejos que muestren que esa angustia por la que el espectador anónimo ha pasado existe para muchos, que ese dolor que comparten varios ciudadanos ya está siendo sanado.

Sonará raro que ese espectáculo

que se sirve de los chismes de farándula para llenar las salas, tome tanta relevancia en la dinámica social y en asuntos fundamentales como la memoria de los pueblos, pero tal vez es justamente ese camuflaje el que le permite al séptimo arte permear profundamente los hilos de la vida cotidiana. Nadie va a cine esperando recibir cátedra, las salas son para divertirse, para desconectarse, para apagar los celulares y sumergirse en la oscuridad, pero resulta que en medio el ocio, de la risa, del juego narrativo, terminan planteándose discusiones de fondo. Ocurre a veces que de repente un personaje de comedia sacude la mirada de los espectadores, los arranca de sus sillas a fuerza de risas y los lleva a lugares insospechados de su mente. Pasa también que en medio de una película infantil de la que poco espera además de relatos simpáticos y conmovedores, plantean temas como el vacío que produce el sueño cumplido o la necesidad de destronar a un héroe de infancia. Sin necesidad de impartir verdades absolutas, un personaje cualquiera de película hollywoodense super taquillera cuestiona la discriminación racial. Y así poco a poco, a 24 cuadros por segundo, se va penetrando la vida y la sensibilidad del público. Sin querer queriendo, el cine toca el alma, inquieta la mente, graba la memoria y transforma la mirada.

